

Jóvenes artistas gallegos

El Torrente Ballester era, hasta el momento, un centro infrautilizado, aún en fase de rehabilitación, dedicado en su mayor parte a exposiciones de corto alcance, conciertos y conferencias en parte por lo limitado, casi ridículo, de su presupuesto y tal vez por la falta de iniciativas que conjugaran la imaginación para solventar restricciones económicas y el desarrollo de un proyecto interesante.

Parece que el ciclo *Miradas Virgenes* viene a cubrir ese déficit a través de una propuesta innovadora, en especial para un lugar como El Ferrol, poco habituada a las manifestaciones artísticas de vanguardia.

Miradas Virgenes es un ambicioso proyecto organizado por el crítico de arte David Barro para el denominado Tercer Espacio del Centro Torrente Ballester, un conjunto de tres salas muy dispares en las que ocho jóvenes artistas gallegos intervendrán sucesivamente a lo largo de todo este año

2001 desde presupuestos estilísticos y técnicos muy diferentes, desde la pintura o la fotografía hasta la instalación o la videocreación; junto a las ocho exposiciones temporales, más de 15 conferencias y mesas redondas completarán un recorrido por el panorama del arte más joven de Galicia, examinando la relación entre los lenguajes tradicionales y las propuestas más innovadoras.

Por las salas del Tercer Espacio ya han pasado Vicente Blanco —que presentó un dispositivo que subrayaba la artificialidad retórica del exceso de información—, Arturo Fuentes, Alvaro Negro y Alberto Carou —quien, mediante una serie de cámaras de vigilancia, procuró reflejar la incertidumbre y el desasosiego al que podemos enfrentarnos en una sociedad que nos somete a miradas no siempre ocultas—, y desde el 6 de julio hasta el 12 de agosto presentará su propuesta Martín Pena, con una instalación de vídeos y piezas que girarán en torno



Miradas Virgenes. Centro Torrente Ballester (Tercer Espacio). Rúa Concepción Arenal, El Ferrol. Tel.: 98 135 90 00.

al reciclaje de signos. Tras él, Mónica Trastoy, Belén de Felipe y las sugerentes fotografías de Andrea Costas culminarán en la programación del Centro Torrente Ballester.

Segundo Saavedra

Nunca es tarde

Nunca es tarde si la dicha es buena, suele decirse. Con demasiados años de retraso se realiza la primera exposición individual de un artista como Victor Burgin en Madrid. En Barcelona, ciudad más implicada en el arte contemporáneo que Madrid, ha sido una institución puntera, la Fundación Antoni Tàpies, quien ha presentado y contextualizado acertadamente su trabajo.

En Madrid es una galería privada de reducidas dimensiones quien tiene que hacer un poco de justicia. Quizá por ello se ha dividido en dos partes la exposición, durante los próximos meses se verán algunas de sus primeras obras y, más adelante, trabajos de su última etapa.

La galería ha hecho bien en tomar esta decisión porque Burgin, a pesar de su reconocimiento internacional y de sus aportaciones de primera línea al arte contemporáneo, sigue siendo para esta ciudad un gran desconocido y no parecería muy adecuado empezar la casa por el tejado.

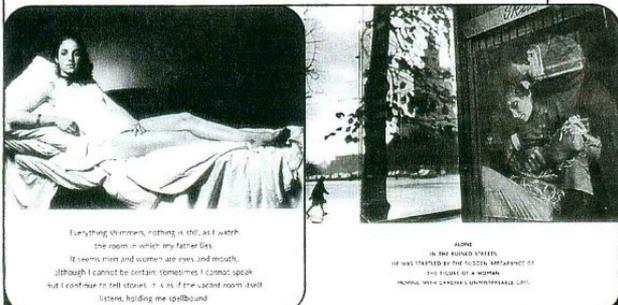
Como suele ocurrir, todas las personas que trabajamos en el mismo contexto tenemos parecidos problemas y las dimensiones de este artículo son tan reducidas

como las de la galería a la hora de introducir la obra de este artista. No creo que podamos ni debamos jibarizar su trabajo en estas notas, pero sí llamar la atención sobre su presencia.

Burgin es un artista y teórico que ha trabajado en torno al lenguaje y que se ha movido, sobre todo en sus comienzos, en un entorno utópico y radical que creía poder liberar al arte de su encierro en unos presupuestos estéticos herederos del Romanticismo. Formado en los años 60, protagoniza el movimiento conceptual y centra sus investigaciones en el cómo conseguir pensar sobre lo que percibimos siendo conscientes de las connotaciones culturales que cargan de significado las imágenes.

En la obra y escritos de Burgin se pueden rastrear sus influencias, la teoría postestructuralista, feminista y el psicoanálisis dan coherencia conceptual a un corpus visual que no se sacrifica fácilmente a la teoría sino que la utiliza en su propio beneficio. En la exposición puede verse una pieza fundamental del artista *Performative/Narrative*, así como *Gradiva*, *Olympia* e *In Grenoble* de principios de los 80.

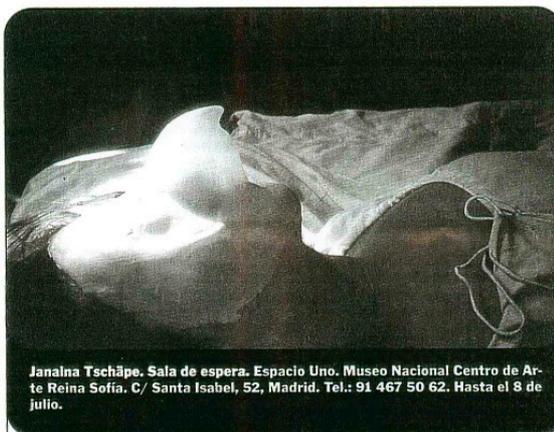
Cabello/Carceller



Everything slumbers, nothing is still, as I watch
the spoon in which my father ate.
It seems men and women are eyes and result,
although I cannot be certain, sometimes I cannot speak
but I continue to tell stories. I sit in the vacant room, still
there, holding me spellbound.

ALONE
IN THE HUMAN SYSTEM
HE HAS CREATED IN THE SOCIAL MEANING OF
THE FIGURE OF A WOMAN
MENTAL WITH CLOSER UNCONSCIOUS LIFE.

Victor Burgin. Galería Javier López. C/Manuel González Longoria, 7, Madrid. Tel.: 91 593 21 84. Hasta el 20 de septiembre.



Janaina Tschäpe. Sala de espera. Espacio Uno. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. C/ Santa Isabel, 52, Madrid. Tel.: 91 467 50 62. Hasta el 8 de julio.

Angel o demonio

Dividido en dos salas, el Espacio Uno se presenta como un lugar surreal donde se esbozan preguntas sin respuesta y donde el cuerpo vuelve a ocupar el puesto que durante la pasada década se le otorgara como reducto metafórico de la identidad. Una identidad en este caso escindida, pero ¿cómo podría ser de otra manera? Hoy ya no podemos pretender la existencia de una identidad individual definida y permanente, sólo a los grupos sociales perseguidos por los poderosos, y a las personas que forman parte de ellos sin esconderse, se les adjudica una identidad estable y también demonizada, siempre plural.

Los individuos integrados en sus sociedades poseen el lujo de la libertad identitaria; pueden soñar, viajar con la imaginación, recrearse, esparcirse y dejar su poso intelectual narcisista sin tener que definirse, desdibujándose y mutando. Y esto es lo que hace con su trabajo Janaina Tschäpe: sueña, viaja, juega un juego cruel e infantil donde el cuerpo se transforma y puede mostrarse de otra manera.

Sala de espera, la instalación que presenta en el Espacio Uno, se compone de tres partes bien definidas

que ayudan a construir un todo, un cuento siniestro al estilo romántico, pero con un final abierto que lo acerca a nosotros.

La primera parte la constituye un relato cuya traducción se nos facilita a la entrada de la exposición: una carta que la artista dirige a un tal doctor Strauss donde le explica las mutaciones que su cuerpo está sufriendo y las consecuencias con respecto a su situación social.

En la segunda parte, la primera sala del espacio, se muestran dibujos y fotografías donde la autora reflexiona sobre lo que veremos en la tercera sala: una película dividida en tres pantallas donde se narran veladamente los cambios que se están operando en el personaje, en la propia artista.

Obviamente, tanto la instalación como la obra son el producto de una artista joven, cuya trayectoria está comenzando, son por ello un inicio más que una constatación; pero se observa en ambas el intento contundente de salirse de un atolondramiento generacional que ya se está convirtiendo en escuela. Es un interesante comienzo que marca caminos más reflexivos y sugerentes.

Ana Carceller